

Silvia Miguens

LUPE, DESPUÉS DEL VIAJE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUPE, DESPUÉS DEL VIAJE



colección andanzas

SILVIA MIGUENS
LUPE, DESPUÉS DEL VIAJE

TUSQUETS
EDITORES

Mariano, ¿por qué te fuiste dejándome con este miedo? ¿Por qué te fuiste tan lejos? Sin nosotros. Ahora andan diciendo: «Abí va la viudita de Moreno». No, Mariano, yo no miento nunca. Eso dicen de mí. ¿Cómo podía saber hasta dónde llega el rencor de los matvados? ¿Cómo imaginar a cuánto más se animarán? No pude darme cuenta de rencores y venganzas esa tarde en que, Anita regresando del destierro y sabiendo del fusilamiento de Liniers, se mostraba radiante y perfumada como un jazmín del cabo. Ni siquiera aquel día pude saber hasta dónde y hasta cuándo alcanzan el odio y el resentimiento.

Nadie más que nosotros sabe el significado de esta separación. Si me amas, por vos mismo puedes comprender cuánto significa tu ausencia y, si no te parece mal que lo diga, sabes que me es más sensible a mí que a vos, siempre supe que yo te amo más que vos a mí.

¿Cómo hacer que entiendan que tengo el corazón más para llorar que para odiar y que se aumentan mis males al verme sin vos, que todo me fastidia y me entristece, que me siento desterrada? Que nada quiero saber ni entender, que la resignación y este desgano me obligan a desdeñar todo enojo. ¿Existen otras maneras de andar la vida? ¿Hay otros caminos por donde transitar? ¿Se puede vivir sin miedo? Insisto con estas dudas al doctor Argerich. Él me intima una vez más con que es hora de atar los cabos sueltos. Sigue acusándome de testaru-

da y de que voy a desollarme en vida con esta desmemoria mía.

No me queda sino el consuelo de escribir. Para que sepas lo sucedido durante tu ausencia. Sin embargo, ya no serán cartas. Dudo de que te las hayan entregado. No confío en nadie. Sin embargo, seguiré escribiéndote hasta que regreses o me mandes buscar. Debes confiar en mí, Mariano, sabes que no miento.

Aquel día, cuando Ana Perichón de O'Gorman regresó a Buenos Aires, después de haber sido desterrada al Janeyro por la Junta de Mayo y que la misma Junta se retractara gracias a los buenos oficios del capitán Ramsay (aunque para ello Anita debió prometer que nunca más aparecería por la ciudad), tampoco tenía motivos para volver. La Junta había fusilado a su amado. La Junta no dio tregua a Liniers, ni a sus hombres, y ante la amenaza de sublevación, en Córdoba, ordenó el fusilamiento.

Apenas Ana llegó, quise verla. Necesitaría de mis condolencias, de mi amistad, de un hombro donde llorar. Imaginé que la consolaría saber que podía entender su pena sin juicio ni prejuicio. Por eso, fui a su casa apenas el capitán la trajo de vuelta. Estaba incomunicada, tampoco quería ver a nadie. Gracias a la Negra Grande, y de muchacha en muchacha, fueron las recomendaciones hasta que pude verla.

Según contó la Negra Ciega, criada de Ana, a mi Negra Grande, su ama le había dicho: «Puedes advertir a todos de que madame O'Gorman no quiere perdón de nadie en esta ciudad donde tanto amó, parió hijos y abuecó el ala para proteger no sólo a los suyos sino a todos los hombres, sin importarles el color de la piel ni del uniforme. A todos, porque todo aquel que habite en esta tierra debe ser libre. No acepto sus disculpas —exclamó—, no las quiero. Les devolverás sus notas de condolencia... o no, mejor les prendes fuego. Haz mucho fuego y humo para que vean desde lejos qué hace «la Perichona» con sus falsas con-

dolencias, así aprenden que el dolor no se negocia y voy a seguir siendo tan incómoda como cuando me quitaron del medio igual que se patea un zapato viejo.

Viéndola así, entre sus cosas, algo en su semblante me hizo saber que Anita nunca más acudiría a mí como amiga. Antes del destierro, me había pedido que intercediera ante Mariano en favor de Liniers. No dudaba, dijo entonces, de que Mariano ayudaría a Liniers. Por aquellos días, Ana confiaba en la lealtad, a pesar de saber de mis grandes dudas con respecto a la fidelidad y a la lealtad de los hombres.

Al verme, me observó apenas, un poco triste los ojos. Pobre mujer. ¡Cuánto peor ser viuda de amante! Me hizo un gesto con la mano. No atiné a entender si era un saludo o me indicaba que no me acercara. Entonces me mantuve a cierta distancia. Continuó sacando los vestidos de los baúles y colgándolos del lado de afuera del biombo. De las cajas asomaban sombreros con velo. Había uno negro. Del respaldo de los sillones colgaban mantones y una mantilla negra.

A pesar de su indiferencia, le comenté lo mal que me sentía con lo de Liniers, y que los acontecimientos fueron tan vertiginosos que no sabía cómo pensarlos. El miedo no da tregua, le dije. Nada comentó. No dejé de hablar mientras me probaba sombreros frente al espejo ni cuando me cubrí con el mantón de flores coloradas. Anita se había sentado en el suelo y desataba el montón de moñitos de raso que le contorneaban el ruedo del vestido verde. Seguí olisqueando luego en esos frascos de cristal biselado en fríos perfiles, con perfumes, y en los otros, lisos y oscuros. Mientras veía de reojo lo que había acomodado encima de la mesa, seguí hablándole de lo acontecido durante su ausencia, hasta que la Negra Ciega nos interrumpió para anunciar la llegada del capitán.

El capitán era Ramsay. Al vernos juntas, se mostró extra-

ñado. Saludó con galantería y besó mi mano mientras aclaraba: «Vine a despedirme de la señora O’Gorman. Esta semana viajo a Londres». Y ella, mientras guardaba algunos objetos en un pequeño maletín de cuero, le advirtió: «La pipa y la tabaquera son para el capitán Stephenson, los pañuelos con monograma bordado por mí son para usted y van unas medicinas por si les hiciera falta».

Era uno de los frascos que había visto entre los de perfume, seguramente con gotas para la dejación de ánimo o para dormir, o quizá fueran gotas para los mareos. Aunque ¿para qué podría necesitar un capitán hecho y derecho, habituado a los vaivenes de alta mar, aquel frasco de gotas para prevenir los mareos?

Me mantuve atenta a sus miradas. Ramsay tenía los ojos un poco enamorados. Seguramente, es difícil para hombres como él no enamorarse de mujeres como ella. La incomodidad se agravó ante la condescendencia de Ramsay. «La medicación es para el botiquín de la cabina del capitán, es un poco de antimonio tartarizado, para los mareos. Durante viajes tan largos es imprescindible llevarlo, porque uno nunca sabe cómo reaccionan los pasajeros».

No, Mariano, una nunca sabe. ¿Cómo saber hasta dónde llega el rencor? Imposible imaginarlo. Sólo atiné a preguntar: «Capitán Ramsay, ¿acaso mi marido viajará con usted, en la Mistletoe?». Y él, fingiéndose desentendido, respondió: «Sí, mi señora. En la Mistletoe empezaremos la travesía, pero luego se traspardará a la Fama. Aún no lo hemos decidido del todo, pero parece que no seguiré hasta Londres».

Había olor a mentira en aquel cuarto. Huelo rápido la mentira, aunque no siempre la sé desentrañar. Después que el Ramsay me besó la mano, me acerqué a ella y le dije: «No sé qué está pasando, Anita. No sé quién es el responsable de la muerte de Liniers, y aunque hubiera sido Moreno, debes saber que respeto y

me entristece tu dolor. Además, quiero recordarte que esto de matar y la venganza es cosa de hombres». Algo respondió que no comprendí, pues habló en voz baja y con los ojos encendidos. Lágrimas tal vez, aunque visto a la distancia, no me parece que lo de sus ojos fuese llanto. Me despedí de Ana. Tal vez no volviéramos a vernos.

Nunca pude olvidar ese extraño encuentro aquella tarde en la que pude comprobar que Ana, de mí, no esperaba ni las más sentidas condolencias. A los pocos días supe que fue trasladada a su casa de Morón. Esa misma mañana, con la Negra Grande, encontramos una caja de ébano en la puerta cancel. La Negra la dejó sobre la mesa y, sin esperar a que la abriera, refunfunió: «Demasiado ocupada estoy con la ropa del señor y los preparativos de su viaje como para atender a chascarrillos. No estamos para sorpresas». Sonreí. Pensé que se trataba de una broma. Sin embargo, el roce con esa madera fría me hizo estremecer. A solas, cuando la abrí, comprendí que no eran cosas de Mariano. Ni broma alguna. La caja en sí misma era un mal augurio, y peor aún aquel velo, el abanico y los guantes de raso negro.

A pesar de la angustia, cerré la puerta y las ventanas sin poder evitar probar el velo y los guantes. Afuera quedaron todas las voces. No tuve frío ni miedo, pero me dio una risa chiquita, inquieta. Aun prefería creer que se trataba de una broma. Hasta me pareció reconocer aquel encaje negro del velo, los guantes y el abanico. Desplegué el varillaje y lo agité frente al espejo: ahí estaban mis ojos por detrás del velo negro. Entonces sí tuve frío, un frío mortal. Desde aquel momento, la sonrisa se transformó en esta mueca que veo a diario en los espejos, como si ésta no fuese mi cara ni la sonrisa mía. «Alguien que sabe descifrar lo venidero», afirmaba el autor de la esquila. No pude identificar la firma a pesar de haber sido escrita con tra-

zos ligeros, redondeados y con tinta tan negra como la caja de ébano.

No quise decir nada. Fuese quien fuere el de la burla, no valía la pena tenerlo en cuenta. En vísperas del viaje, no iba a interrumpirles, a ti y a nuestro Marianito, el juego de pelota en el jardín; quién sabe cuándo podrían volver a hacerlo. Loca sí, como loca me puse. Abrí la ventana y escuché un aletear de trapo y el chillido de un pájaro en medio del silencio habitual. A menos que cayera una fruta del naranjo, un plato en la cocina o un pastelito en la grasa hirviente, nada se escuchaba. Nada se escucha. Nada allá ni truena, ni ríe. «El miedo es un camino», dijiste al partir. «No temas, porque siempre voy a estar respirando cerca de ti, aunque no puedas verme. Lupe, mi Lupe chiquita, no quiero oírte más repitiendo esa mentira. Que no es destierro. No creas ni repitas todo lo que dicen por ahí».

Era uno de esos momentos en que el sol, y los últimos calores del estío, calentaban los postigos evaporando las secuelas de uno de esos aguaceros que en Buenos Aires lo anegan todo, arrinconando por la ciudad tufillos varios, cargando el aire de aquel hedor al aceite quemado con que se pincela la madera para que pueda soportar los vientos, las lluvias, el sol ardiente y los quemazones de la pólvora. En días como aquel, durante la siesta, Lupe era presa de la sueñera y la modorra. Aletargadas duermevelas.

La necesidad de continuarse en sueños no le permitía despertar fácilmente. Aún habiéndose reiterado los golpes. Por un instante, creyó que se trataba una vez más de aquel mal sueño que se repetía desde aquel día, durante su infancia en Chuquisaca, cuando los hombres que buscaban al padre Juan Pablo allanaron el convento, y a pesar de que con la hermanita Dominique pudieron escapar después de arrojarlos de cabeza al sótano. Aquel lejano episodio aún la perturbaba con la agitación que todo mal recuerdo provoca.

De nuevo prestó atención a los golpes. Se restregó los ojos. Tal vez haya sido la ventana, se dijo, porque hay amenaza de Pampero. O puede ser de nuevo aquel mal sueño. Aunque el primer golpe parece haber sido contra la puerta, y esos pasos en el corredor no suenan como los

de la Negra o los de la abuela Ana María, tampoco como el corretear de Marianito o Micaela. No, esas pisadas no podrían sonar ligeras en sueños ni en pesadillas. Se sentó en la cama. La modorra y los desvaríos quedarían bajo las mantas hasta la noche próxima, como solía bromear con Marianito. Pero aquel estruendo no era juego de niños. Dejó caer las piernas hasta rozar el piso. Abrió los ojos.

De los golpes, ningún indicio. Era tal la quietud del entorno que no pudo ni soltar la respiración. Volvió a cerrar los ojos. Imprescindible para aguzar el oído. Estalló otro golpe, y en el instante preciso en que miró hacia la puerta, ésta se abrió de par en par con una patada. Trastabillando entró un encapuchado, al que le asomaba una coleta crespa del capuz. Al que entró por detrás se le escapó un portazo, a pesar de intentar cerrarla con cuidado.

—¿Señora de Moreno? —preguntó uno fingiendo una voz chillona, pero con la tranquilidad de quien saluda en misa.

Lupe saltó de la cama sin poder evitar la tembladera de piernas. Los hombres alzaron sus armas.

—Mejor se queda quieta y nos da lo que buscamos.

Viendo que la encañonaban, tomó conciencia de que sentía aquella misma sensación de angustia que solía tener al dormir. Se puso la ruana que su madre le había echado por los hombros la madrugada en que, con Mariano, tuvieron que escapar de Chuquisaca. Desde entonces, esa ruana la arropaba en situaciones difíciles. Más que abrigarla, la envolvía, ponía un cerco de amor entre ella y la realidad. La retornaba a la niñez, al resguardo de esa infancia que muy pronto tuvo que abandonar para casarse con Mariano Moreno.

Una vez más, aferradas las manos a la ruana, la subió

hasta la nariz. En momentos como aquellos, necesitaba de los olores de Chuquisaca. No añoraba tanto los perfumes, sino los aromas: el de la abuela, el olor a mamá, a hogar, a dulces y a delantales de cocina, a azúcar quemada, a rescoldo, al de la dama de noche que florecía al pie de la ventana. Y ojalá pudiese recuperar algo del olor a papá, pero él había desaparecido sin dejar recuerdos ni aromas. A veces, imaginaba que el que le recordara a su padre hubiera podido ser el del licor mezclado con el tabaco, o el del capote después de una llovizna o de una probable velada con amigos. Pero nada de eso era posible. Tampoco había aromas de patria en la ruana, eso sí que no, porque su única patria era Moreno.

—¡Señora! —alzó la voz uno de aquellos hombres.

—No se asuste. Nos da eso que buscamos y nos vamos. ¿Se siente bien? —dijo el otro arrancándola por un instante de sus pensamientos, buscando originar cierto acercamiento, mientras su compañero desbarataba lo que encontraban a la mano.

Cajones, baúles, cajas y estantes. Echaban todo al piso. Lupe observaba el desorden. Ahí estaban los pañuelitos y la ropa bordada por su madre y su abuela; los pequeños recuerdos, medallas, notas de Mariano, y aquel diario íntimo que le había regalado Juana Azurduy el día en que con Padilla apadrinaron la boda. «Por si alguna vez eres presa de la añoranza», le había dicho Juana. Y a pesar de ser presa de una melancolía que en nada se diferenciaba de la tristeza, no atinó a escribir sino una fecha: «¿4 de marzo?». ¿Qué pasó ese día?

Esa madrugada se despertó con el impulso de escribir y, cuando empezaba a hacerlo, un golpe de viento abrió la ventana. Un cielo rojo abrasaba nubarrones negros.

Con miedo, se levantó a cerrarla. Fue una fuerte tempestad la de esa noche. Cerró el cuaderno de notas y el frío la obligó a meterse en la cama. Después de esa noche, olvidó el cuaderno, y la fecha. ¿Qué tenía de particular esa noche? Fue una noche cualquiera de tormenta.

Lupe murmuraba frases sueltas, a pesar de recordar, paso a paso, aquella madrugada en la que despertó con la almohada mojada, de lágrimas seguramente, y la imperiosa necesidad de escribirle a Mariano. Hacía un par de meses que había embarcado. Y mientras intentaba dormirse, entró su hijo. Lloraba mucho. Ya no recuerda más.

A esa altura, los encapuchados no prestaban atención a sus comentarios. Obstinados en encontrar lo que fuera que buscaban. Dejaban caer cada papel que miraban al pasar. Lupe supo de inmediato que esos hombres habían sido bien entrenados. Eran precisos, seguros en lo que buscaban. Revisaron la escasa ropa que Mariano había dejado y cada bolsillo. Hasta se aseguraron de que no hubiera probables costuras o bolsillos falsos. Casi a diario, Lupe aireaba esa ropa y la doblaba cuidadosamente para volver a guardarla, costumbre que había adquirido en el convento de tanto ver a la hermanita Dominique que, cada mañana, aireaba la ropa que el padrecito Juan Pablo había dejado antes de su partida.

—Señora...

—¡Señora! —insistieron los dos.

Una vez más, Lupe pareció salir del sopor de un sueño, o de los recuerdos, que son la misma cosa.

—Señora ¿se siente mal?

—¿Acaso le importa, señor?

—No le permito.

—¿Ah, no? ¿Y qué piensa hacer conmigo?

—Vinimos por un escrito que su esposo dice haber redactado antes de irse.

—Se llevó todos sus papeles. Además... ¿cuándo y a quien habría de mencionar algún escrito que hubiera escrito y olvidado? O escondido, según ustedes. Si él mismo se los mencionó y quisiera que se los entregase, ¿por qué habrían de presentarse de este modo? No comprendo... —dijo bajando la voz, mientras veía cómo seguían revolviendo todo, cómo hurgaban en cada libro.

Lupe volvía a sufrir el horror del día en que los hombres del obispo La Santa irrumpieron en el convento, y la empujaron, a ella y a la hermanita Dominique, hasta el cuarto del padre Juan Pablo. No recordaba cómo habían podido escapar. Sí tenía presente que, cuando le preguntaron por los papeles del sacerdote, respondió señalándose los pies: «Están acá abajo». Y ante las risotadas de los bandidos y los comentarios de la hermanita Dominique, que insistía con que «les dije que es una mentirosa», Lupe, mostrándose desentendida, continuó: «Están acá, abajo de esta tapa sobre la que el padre Juan Pablo puso la alfombra que estoy pisando».

Los sicarios entonces les dieron un empujón para levantar la alfombra que cubría la puerta del sótano. Mientras uno bajaba la escalera, la hermanita empujó al que se asomaba, y lo hizo rodar hasta el fondo. Sin demora, dejaron caer la puertita, volvieron a cubrirla con la alfombra y arrastraron encima el sillón del padrecito.

Cada uno de esos momentos pasaba por delante de Lupe como las páginas de un libro que no podemos dejar de leer cada vez que nos llega a la mano. Mientras revivía aquel horror, estos nuevos sicarios agitaban los libros en el aire, para que cayera algún papel que el secretario de la

Junta de Mayo pudiera haber guardado entre sus páginas. Pero nada cayó.

Si Mariano hubiera dejado por escrito el nombre del que lo amenazaba, ¿por qué o cómo se habría de saber en este momento? ¿En qué personaje cercano a él, y que sin dudas ya lo había traicionado, pudo haber confiado tanto? ¿Una denuncia, habían dicho? De ser así, sin duda, estos hombres trabajaban para los enemigos de Mariano.

—Saavedra... —masculló Lupe—. Saavedra.

—¿Decía la señora?

No era el único en desear la muerte de Mariano, estaba segura, pero nadie mejor que ella para saber que, sin dudas, era el más impune, el que se creía con mayor fuerza y con total libertad para decidir qué hacer con el secretario de la Junta. Mientras la increpaba, el hombre tropezó con la alfombra y provocó que se cayera todo lo que estaba encima de la mesa baja.

—¿Dónde, señora? ¡Diga dónde lo guarda! —insistió el más agresivo con furia.

—Es inútil —murmuró el otro—. Vamos. Tal vez sólo habló de ese documento para confundir.

—Perdón, señores. ¿Confundir a quiénes? Si me dicen algo más, tal vez pueda ayudar.

La observaron por un instante que a Lupe le pareció interminable. Tan vejatoria fue esa mirada de ambos. Aunque no, no era la primera vez que sufría esa mirada. El miedo se repetiría hasta el hartazgo. Y los sicarios.

—Nunca será por última vez.

—¿Decía, señora?

—¿Decía, señor?

—El documento...

—¿Qué documento?

—Vamos, señora —se fastidió el que hasta ese momento parecía ir por las buenas y, al borde del arrebato, la tomó de los hombros—. ¡Diga de una vez dónde se denuncia al responsable!

—¿Responsable? ¿De qué?

En ese momento, fue el otro sicario quien intentó reducir la tensión; retuvo a su compañero del brazo y, bajando el tono de voz, respondió:

—El mismito doctor Moreno nos manifestó haber dejado escrito entre sus papeles y de su puño y letra a quienes lo amenazan.

—Saavedra —repitió Lupe y bajó la cabeza, escondiendo la mirada y la ira.

—¿Decía la señora?

Lupe alzó la mirada.

—Digo que si existiera tal denuncia, el único que puede responder es el presidente de la Junta. Él y todos lo han enviado en comisión. ¿Quién más que Saavedra para saber algo? ¿Quién más responsable?

—¿Responsable, dice?

—Sí, responsable de la Junta. ¿Acaso no es Saavedra el responsable de la Junta?

—Vamos. Mejor nos vamos —comentó uno—. No podrán hacerle daño ya, salvo los bienes.

—¿Bienes? ¿De qué daño hablan, señores?

—Más le vale que nos olvide. Haga de cuenta que fue un sueño —gritó uno de ellos al tiempo que saltaban por la ventana, espantados por los pasos y voces que avanzaban por el corredor.